**Domingo del Corpus en el Ciclo C (23.06.2019): Lucas 9,11-17**

***‘Tú y yo somos su presencia viva’.*** Medito y escribo CONTIGO:

Hemos llegado ya al último domingo ‘especial’ en el calendario de las festividades de la iglesia católica. Y las autoridades de la liturgia nos han propuesto leer, anunciar y meditar la narración de l**a única multiplicación de los panes** que nos cuenta Lucas en su Evangelio. A partir del próximo domingo esta autoridad de la liturgia se reencontrará con ella misma, porque nos volverá a proponer la lectura del Evangelio del año del Ciclo C que es Lucas. Por fin, volvemos a Lucas y a su narración sobre su Jesús de Nazaret.

El texto de **Lucas 9,11-17** comienza con estas palabras que escucharemos en la proclamación del Evangelio: *“En aquel tiempo, Jesús se puso a hablar a la gente del Reino de Dios, y curó a los que lo necesitaban”.* ¡Cuánto me hubiera gustado que aquí Lucas nos hubiera contado qué enseñaba o, mejor aún, cómo enseñaba Jesús lo que era el Reino, o su Reino, o lo que él comprendía por ‘el Reino’! Nunca se hace esto en ninguno de los cuatro Evangelios. Y cuando digo esto no dejo de recordar lo que se nos dice en Lucas 17,21. ¿Qué es el Reino o ‘mi Reino’?

He anticipado que en este relato de Lucas se nos cuenta la multiplicación de los cinco panes para los cinco mil hombres reunidos (Lc 9,14). Menos mal que aquí no se añade lo que sí afirma el Evangelista Mateo en 14,21: *“sin contar mujeres y niños”.* Algo se ha progresado...

Antes de comentar otros aspectos invito muy reiterativamente a que se lea cada cual el texto de Lucas 9,1-50. En este relato nos cuenta el Evangelista las últimas tareas de la Evangelización de su Jesús y de sus seguidoras y seguidores en Galilea. En esta amplia narración se nos queda prendida del recuerdo una pregunta del propio Jesús: ***“¿Quién decís vosotros que soy yo?”*** (Lc 15,20). Pedro respondió e inmediatamente quedó silenciado por Jesús. Y sorprende también la pobre comprensión de Jesús que ha logrado asimilar Juan, otro de los DOCE (Lc 9,49-50).

Centramos nuestra mirada en el sorprendente texto de dar de comer con cinco panes a tanta gente reunida. Y esto, después de haber curado a todos cuantos sentían la necesidad de ser curados. Hablamos de los milagros de las curaciones de la enfermedad y del hambre. Las palabras que el Evangelista pone en labios de Jesús aquí son como para no olvidar: ***“dadles vosotros de comer”*** (15,13).

Leo y escucho ahora estas palabras y también leo y escucho estas otras palabras del mismo Jesús y en semejante experiencia de encuentro y de comida: ***“Haced esto en memoria mía”*** (Lucas 22,19). Sé bien que esto último sólo le pertenece a este Evangelio y que ningún otro nos las ha contado. Cuando medito conjuntamente ambas expresiones voy constatando la unidad que entre ellas existe. Tanta, que no son dos, sino una misma experiencia de fe en este hombre y laico de Galilea.

En esta experiencia de fe que es el pan, la palabra y la vida compartidas Jesús no está institucionalizando nuestro llamado y practicado sacramento de la eucaristía que se realiza y acaba en la santa misa, o al revés. Creo y quiero ser este Jesús que un día se sembró en mí, se despertó ahí y crece y sigue vivo. Me asombra que tú y tú y tú y yo **¡seamos su presencia viva!**

**Domingo 30º de Mateo (23.06.2019): Mateo 16,13-20**

***“Todo cuanto deseas que te hagan, házselo a los demás”* (Mateo 7,12)**

El Evangelista nos ha traído hasta **Cesarea de Filipo** (Mt 16,13-20), el norte de Galilea donde nace el Jordán. Y aquí nos presenta a su Jesús de Nazaret, en el centro de su narración. Ha concluido su Evangelización a las gentes de su tierra y va a iniciar la etapa que le conducirá hasta Jerusalén. Este Evangelista sigue muy de cerca la narración que nos dejó Marcos de este ‘acontecimiento’ (Mc 8,27-30), pero sus diferencias nunca se deben olvidar ni menospreciar.

Para comenzar, en el versículo 16,13 Mateo no desea escribir la palabra ‘camino’, como lo había hecho el primer escritor del Evangelio, fuera Marcos o María Magdalena. Para él, la imagen de ‘el camino’ (Mc 8,27) evoca la decisión de Jesús de subir a ‘evangelizar’ en/a Jerusalén. Y a la vez, seguir ‘evangelizando’ a sus seguidoras y seguidores, tan duros de cabeza.

Así pues, al acabar de anunciar su buena noticia en Galilea y antes de comenzar las etapas hasta llegar a Jerusalén, este Jesús de Mateo nos deja en el aire para respiración de nuestras neuronas un par de preguntas claras, directas, grupales y personales a la vez: *“¿Quién dice la gente que soy yo?... ¿Quién decís vosotros que soy yo?”* (Mt 16,13-15). Cada una de ellas tiene su respuesta explícita y escrita en el texto. Las gentes opinan de él una cosa y los suyos otra.

Mateo 16,16 (cita sencilla de recordar siempre) recoge la respuesta de Simón llamado Pedro: *“Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo”.* Y a partir de ahora, en Mt 16,17-20 encontramos dos respuestas contrapuestas que este Evangelista puso en boca de su Jesús galileo. El Jesús de Nazaret de Marcos y de Lucas no habló como lo está haciendo aquí el Jesús de Mateo.

El análisis crítico y exigente, claramente, reconoce que las primeras palabras que aquí salen de la boca de este Jesús (Mt 16,17-19) son una añadidura de este narrador Mateo. Es muy posible que en los años ochenta del siglo primero hubiera seguidores de Jesús que creyeran en la centralidad de la persona de Pedro entre ellos. Pero desde ahí a creer que este Jesús, y en este momento, fundó e institucionalizó la iglesia y que ésta fuera una y católica y apostólica y romana media un abismo inexplicable.

En cambio, los tres Evangelios sinópticos atestiguan la prohibición explícita de hablar o proclamar que Jesús fuera el Mesías que ellos pensaban, deseaban y esperaban que viniera como había sido anunciado desde sus escritos más esperanzadores como lo fue el Libro del profeta y sabio Daniel. Pocos habían olvidado en el Israel de los tiempos de Jesús a Daniel 7-9.

Este mesianismo del nacionalismo judío no fue el mesianismo que deseó Jesús de Nazaret: *“Y prohibió terminantemente a los discípulos decirle a nadie que él era el Mesías”* (Mt 16,20). Estas palabras deberían escribirse siempre allá donde se escriban las palabras anteriores: *“Tu eres Piedra y sobre esta roca voy a edificar mi iglesia”* (Mt 16,18). Si no nos acostumbramos a hacerlo así nunca comprenderemos por qué, enseguida en la narración de Mateo, Jesús de Nazaret llama a Pedro, explícita y enérgicamente, ‘Satanás’ (Mt 16,21-23). Este asunto del mesianismo nacionalista unido a la proclamación de Pedro como ‘Piedra eclesiástica’ me lleva a recordar que esto no es la religión de Jesús, sino aquello de ***‘cuanto deseas que...’*** (Mt 7,12).